



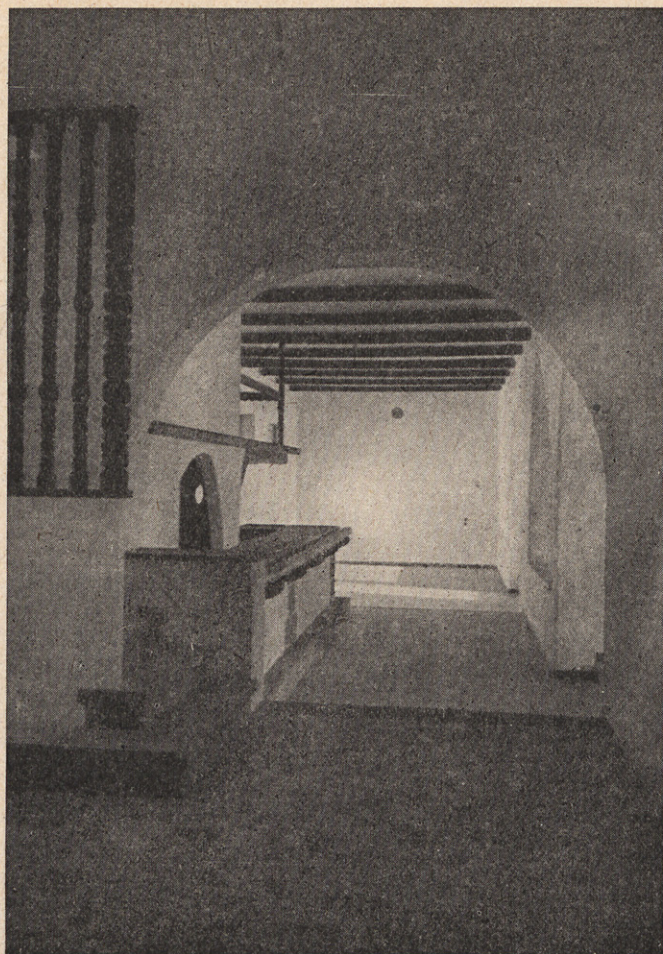
ARQUITECTURA Y TURISMO

El viajero podrá ver pinturas en la nación que visita, si las busca en los museos, iglesias o palacios. Conocerá la poesía de un país, cuándo sus aficiones le lleven a ella y entienda el idioma en que esté escrita; y la música, si también la siente y la busca. Pero con la arquitectura estará en relación forzosa y casi continua, lo mismo para el goce estético que para su servicio, desde el momento en que atraviesa la frontera de una nación hasta el instante en que vuelve a cruzarla a su salida.

Es en la frontera, pues, donde el viajero recibe la impresión primera de un país, y también es allí donde recoge el último recuerdo de su visita. El mismo edificio fronterizo, tanto en su exterior como en la distribución interna de sus dependencias, influye sobre aquella primera impresión y sobre este último recuerdo. Hasta ahora, sin embargo, pocos son los edificios de esta clase cuya construcción fué dirigida por arquitectos competentes, con arreglo a un

plan ordenado; por lo cual es frecuente que resulte una de estas cosas (y no por cierto sólo en España): bien que las dependencias de la frontera se subordinen en su distribución y ordenamiento a la finalidad principal del edificio —estación ferroviaria o de embarque en los puertos—, bien que el conglomerado de locales surja sin orden ni concierto, obedeciendo consignas de organismos distintos, dadas con criterios unilaterales e incluso en épocas diferentes.

El problema se resolvería levantando construcciones cuyas plantas, de mayor o menor tamaño, según el tráfico que estuviesen llamadas a atender, fuesen de distribución idéntica en todos los casos, ya que en ellas han de actuar siempre los mismos servicios por igual orden. En las fachadas es donde tendría lugar para desarrollarse la originalidad e inspiración del artista, de acuerdo con las características generales de la arquitectura regional o nacional. De este modo podrían lograrse unas construcciones atrayentes,



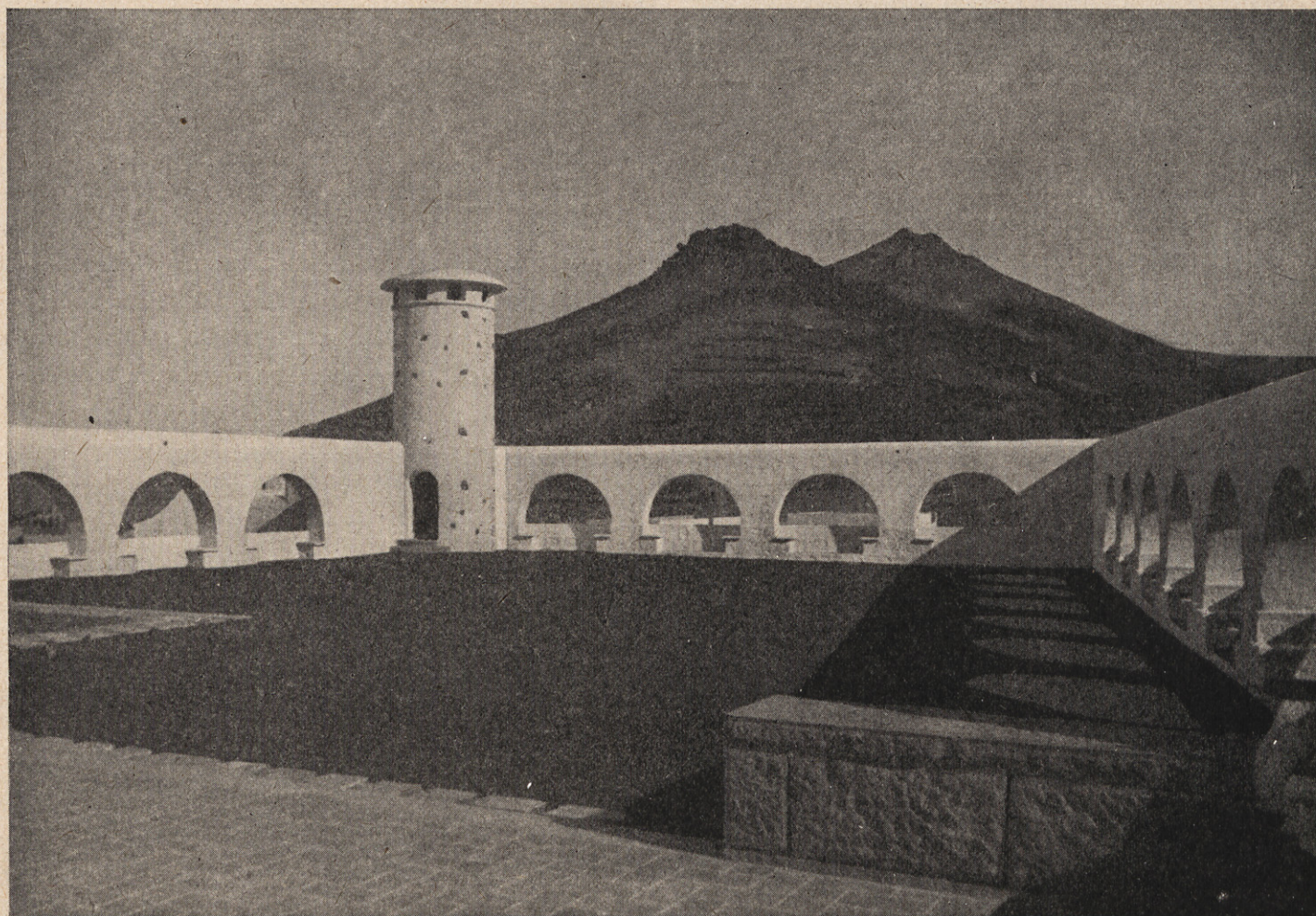
Detalle del interior.

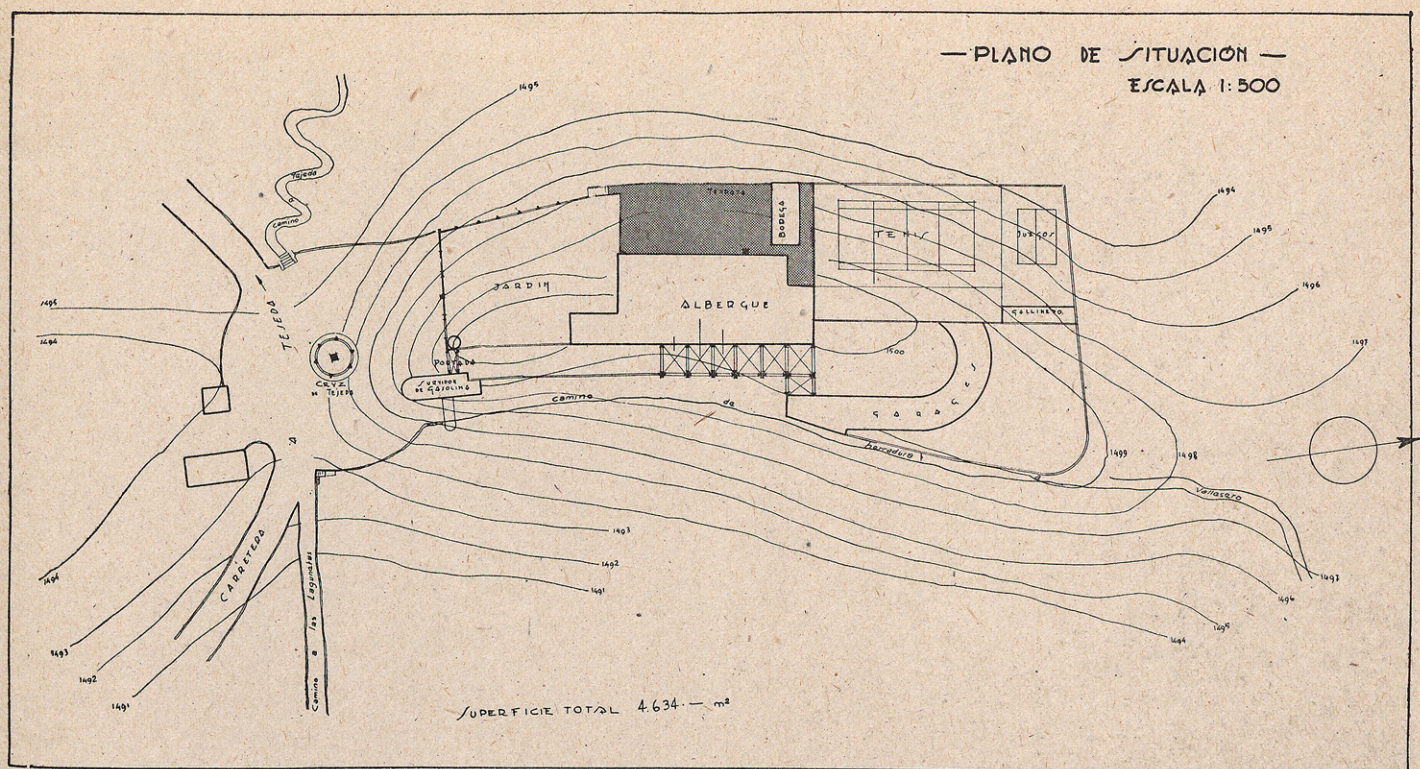
especialmente útiles para el trabajo y servicios eficaces, que produjesen en el viajero —y ninguno es tan interesante como el del propio país en el momento en que lo deja o en que a él llega— impresiones que, por razones distintas, conviene cuidar.

Ya está el viajero en camino, en marcha hacia la población donde se dirige. Si va por carretera en un país tan extenso como España, en un territorio donde a veces median cientos de kilómetros entre ciudades importantes, dotadas de alojamientos buenos, pensará en el oasis, y el oasis en este caso es el Parador Nacional o el Albergue de Carretera. Olvidemos estos momentos de escasez de gasolina y de automóviles; pensemos en el día seguro en que tendremos medios abundantes, quizá más abundantes que nunca, para movernos por nuestros caminos. ¿Qué serían sin los Paradores y Albergues, donde el viajero sabe que ha de encontrar las dos cosas que más le interesan fuera de su casa, servicio y limpieza?

El mapa de España se extiende ante nosotros. Ahí está la Costa Brava, allí las rías de Galicia, aquí los valles del Pirineo español, en el centro el macizo de Gredos, más abajo Andalucía, la costa del Medite-

Refugio de la Cruz de Tejera. Claustro abierto.





Plano de situación del Refugio de la Cruz de Tejera.

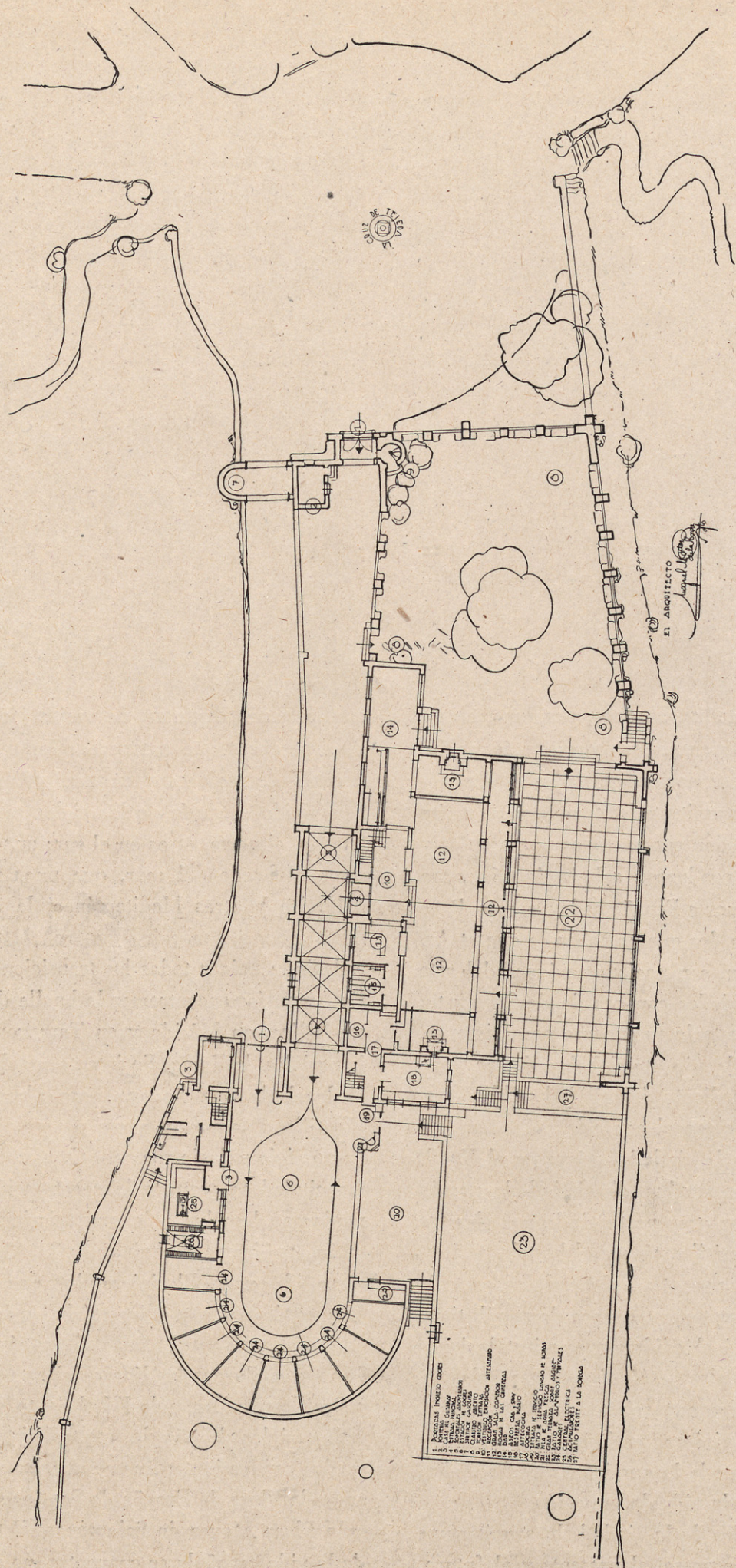
rráneo. Playas, montañas, bosques, praderas, claros ríos con salmones y truchas. Los paisajes más espléndidos de Europa, desconocidos por muchos españoles, pidiendo que el arquitecto los toque con su varita mágica para que puedan ser visitados por propios y extraños, para que produzcan salud, riqueza, para que nos enseñen a amar a España cada vez más. Para impedir también que, los que no saben lo que es Arquitectura, contruyan, con nociones exiguas del arte de vivir, monstruosidades capaces de desfigurar un paisaje perfecto y restarle su encanto para siempre, a menos que actúe la piqueta del demoledor como resultado de un expediente de utilidad pública instruído para terminar con el adefesio.

El viajero está en la ciudad, está ya en el Hotel. La impresión que le produce la ciudad, la nación misma, dependerá, en gran parte, de la que obtenga en su alojamiento. Inútil será que el hostelero se esfuerce por servirle, por atenderle con esa cortesía y esa llaneza que, por tener tan poco de servil, tiene tanto de española, si el edificio y sus instalaciones y sus muebles y su decoración interior, no fueron concebidos y dirigidos con acierto. La arquitectura sigue siendo para el viajero un *cicerone* sin par, que, sin hablarle, le dice todo lo que interesa saber sobre aspectos diversos de la vida de la nación.

Fuera, en las calles de la ciudad, la arquitectura es la historia y el progreso, el presente y el futuro, la inmovilización del tiempo, la rápida visión de

civilizaciones distintas, de viejas glorias de ayer y de esperanzas que amanecen. En un país como el nuestro, de regiones y culturas diversas, en el que han vivido a través de los siglos pueblos distintos, unos en el norte, otros en el sur; unos en la sierra y otros al borde del mar, que unas veces se llama Atlántico y otras Mediterráneo, la arquitectura es como un vasto mosaico que refleja cada momento, cada influencia y todas las transiciones y mudanzas. En Ampurias encontramos la huella de Grecia, como en Itálica, en Mérida y en Tarragona los vestigios imperiales de Roma. Se intenta ampliar en Córdoba el local de una bodega para almacenar vino de Montilla, y surge un mosaico maravilloso, recuerdo de un viejo palacio romano. Cuando cerca de la misma ciudad se acomete la construcción de una casa moderna, descúbrese la gran piscina que construyó en su residencia veraniega de la Alamiriya el guerrero Almanzor. El viajero observa cómo los modernos arquitectos granadinos trabajan influídos por sus predecesores de mil años atrás, y cómo perduran en León y en Burgos las líneas del arte gótico, llevadas a Sevilla por Fernando III el Santo.

Los siglos de oro de nuestra historia están plasmados en conjuntos monumentales arquitectónicos, como la Plaza de España de Santiago de Compostela y la Plaza Mayor de Salamanca. Y toda la historia de la vida española se encuentra, no sólo en el Escorial, en el Palacio de Madrid, en el Castillo de la



Planta principal del Refugio de Cruz de Tejera, en Gran Canaria. Arquitecto, Miguel H. Fernández de la Torre.

Mota y en el de Manzanares el Real, en las murallas de Avila y en la Alcazaba de Almería, sino también en los Pazos Gallegos y en los patios sevillanos, en los cortijos andaluces y en las "torres" catalanas, en los pueblecitos pescadores de Galicia, del Cantábrico y del Mediterráneo, en las barracas valencianas y en las casas señoriales de Cáceres y de Vizcaya, de Castilla y de Aragón. Son las calles de las ciudades, ora bulliciosas como las Ramblas de Barcelona, ora silenciosas y tranquilas como las rúas compostelanas, las que reflejan en sus fachadas los estilos y los cambios de fases sucesivas y distintas. Por eso hay que cuidarlas, lo mismo cuando se trata de imprimirles una modernidad, que pronto ha de hacerse vieja y convertirse en historia, que cuando sólo se

pretende su conservación para que disfruten las generaciones futuras contemplando las características del pasado. Un rincón típico, el encanto de una calleja, el de una edificación rural, están expuestos a peligros no limitados al transcurso y las inclemencias del tiempo. El viajero, que observa lo nuevo, se entera también de lo que falta y pronto echa de ver que la perspectiva que le cautivó en otro viaje ha sufrido un cambio perjudicial. La Arquitectura le lleva de la mano, y forma a lo largo de su viaje un conjunto de impresiones que influye decisivamente en su concepto total de la vida de una nación.

• L. A. BOLÍN.

Director General de Turismo.

Gran sala comedor abierta a la terraza sobre aljibe, en el Refugio Cruz de Tejera.

